

ORGULLO Y PREJUICIO CAPÍTULOS 32-41

Capítulo 32

A la mañana siguiente Lizzy estaba sola escribiendo a Jane, mientras Mrs. Collins y Mary habían ido de compras al pueblo, cuando se sobresaltó al oír la campanilla de la puerta, señal inequívoca de visita. Aunque no había oído el ruido de carruaje alguno, pensó podía tratarse de Lady Catherine, por lo que guardó de inmediato la carta a medio escribir a fin de evitar preguntas impertinentes. Pero cuando se abrió la puerta, Lizzy observó con sorpresa que se trataba de Darcy. Venía solo.

Él también pareció asombrarse de encontrarla sola, y tras disculparse por su intromisión, le aseguró que creía que todas las señoras estaban en casa.

Ambos se sentaron, y tras las preguntas relativas a Rosings, pareció que iban a quedar en silencio. Con todo, era necesario pensar en algo, y recordando la última vez que se habían visto en el condado de Hertford y sintiendo curiosidad por saber lo que diría sobre su rápida marcha, dijo Lizzy:

—¡Qué repentinamente abandonaron ustedes Netherfield el pasado noviembre, Mr. Darcy! Debió de ser una sorpresa muy grata para Mr. Bingley verlos a todos tan pronto; porque, si mal no recuerdo, se había marchado el día anterior. Supongo que tanto él como sus hermanas se encontrarían bien cuando salió usted de Londres.

—Perfectamente, gracias.

Lizzy advirtió que no iba a recibir otra contestación, y después de un breve silencio añadió:

—He oído decir que Mr. Bingley no tiene intención de regresar a Netherfield.

—No me ha informado al respecto, pero es probable que en adelante disponga de poco tiempo. Tiene muchos amigos, y está en una época de la vida en que los amigos y las invitaciones aumentan continuamente.

—Si proyecta estar poco en Netherfield sería mejor para el vecindario que lo abandonase por completo, porque de ese modo sería posible que otra familia se instalase allí. Pero quizá Mr. Bingley no tenga la casa tanto por conveniencia del vecindario como por la suya propia, y es de suponer que la conservará o se desprenderá según le convenga.

—No me sorprendería —manifestó Darcy— que se desprendiera de ella en cuanto se le ofreciese una oportunidad aceptable.

Lizzy no contestó. Temía seguir hablando de Mr. Bingley, y como no tenía otra cosa que decir, decidió que fuese Darcy quien encontrara tema de conversación.

Él así lo comprendió, y tras una breve pausa, dijo:

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Esta casa parece muy confortable. Creo que Lady Catherine la ha mejorado mucho poco antes de que llegase Mr. Collins.

—Creo que así, y estoy segura de que no podría haber mostrado su bondad de manera mejor.

—Mr. Collins debe de ser muy afortunado por la esposa que ha elegido.

—En efecto. Sus amigas pueden alegrarse de que haya dado con una de las pocas mujeres sensibles que lo habrían aceptado o hecho feliz tras aceptarlo. Mi amiga es muy inteligente, aunque no tengo su casamiento con Mr. Collins por lo más cuerdo que ha hecho. Sin embargo, se la ve enormemente dichosa, y desde un punto de vista material, para ella ha sido un buen partido.

—Ha de ser muy grato para Mrs. Collins vivir tan cerca de su familia y sus amigos.

—¿Le parece a usted que cincuenta millas es cerca?

—Habiendo una buena carretera, suponen muy poco. Apenas medio día de viaje.

—No había considerado la distancia como una de las ventajas de casarse con Mr. Collins — exclamó Lizzy—. Jamás habría afirmado que mi amiga vive cerca de su familia.

—Eso prueba su apego al condado de Hertford. Todo cuanto esté más allá de la vecindad de Longbourn le parece muy lejano.

Mientras hablaba, Darcy sonreía de un modo que Lizzy creyó comprender; quizá se figurase que ella estaba pensando en Jane y en Netherfield. Al contestar, se ruborizó.

—No pretendo afirmar que una mujer no pueda dejar de estar demasiado cerca de su familia. Lejos y cerca son cosas relativas y dependen de muy variadas circunstancias. Si hay suficiente fortuna para no conceder importancia a los gastos de viaje, la distancia no es un inconveniente. Pero ése no es el caso que nos ocupa. Mr. y Mrs. Collins poseen ingresos suficientes, pero no como para permitirse realizar viajes frecuentes, y estoy segura de que mi amiga no diría que vive cerca de su familia a menos que se encontrase a la mitad de esta distancia.

Darcy acercó su silla a la de ella y dijo:

—Usted no tiene derecho a sentirse tan ligada afectivamente a su residencia. No siempre debió de vivir en Longbourn.

Lizzy pareció sorprendida, y él cambió de actitud. Hizo retroceder la silla, cogió un diario de encima de la nueva y, echándole una mirada, preguntó con frialdad:

—¿Le gusta a usted Kent?

Siguió a esto un corto diálogo sobre esta comarca, conciso y moderado por ambas partes, y pronto puso fin al mismo la aparición de Charlotte y su hermana, que acababan de regresar de su paseo. Sorprendidas al ver a Darcy, éste refirió la equivocación que había ocasionado su

llegada y el modo en que había importunado a Miss Bennet, y tras permanecer sentado pocos minutos más, sin hablar gran cosa con nadie, se marchó.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó Charlotte en cuanto se fue—. Querida Lizzy, debe de estar enamorado de ti, pues de otra manera nunca nos habría visitado con esa familiaridad.

Pero cuando Lizzy habló del silencio que él había guardado, las sospechas de Charlotte parecieron sin fundamento; y tras desechar varias conjeturas supusieron que su visita se debía a la dificultad de encontrar algo mejor que hacer, lo cual parecía lo más probable, dada la estación. La temporada de deportes había acabado. En casa de lady Catherine había libros y una mesa de billar, pero los caballeros no soportan permanecer siempre en casa; y bien por la proximidad de la abadía, bien por el placer del paseo hasta allí, bien por la gente que en ella vivía, los dos primos sentían la tentación de ir cotidianamente. Se presentaban a diversas horas de la mañana, unas veces separados y otras juntos, y alguna acompañados de su tía. Era evidente para todos que el coronel Fitzwilliam venía porque encontraba agradable su compañía, persuasión que, como es natural, lo recomendaba aún más; y Lizzy se acordaba, por lo que le había gustado verse con él y porque era evidente que él la admiraba, de su primer favorito, George Wickham. Aunque al compararlos notaba que los modales del coronel Fitzwilliam eran menos afables, lo encontraba más culto e inteligente que aquél.

Pero era más difícil de comprender el motivo por el cual Darcy iba tan a menudo a la abadía. No debía de ser para buscar compañía, porque permanecía sentado diez minutos sin abrir la boca, y cuando hablaba, más bien semejaba hacerlo por necesidad que por gusto; antes parecía sacrificio que placer. Rara vez parecía verdaderamente animado. Mrs. Collins no sabía qué hacer con él. El modo en que el coronel Fitzwilliam reía en ocasiones de la estupidez de Darcy probaba que era diferente, aunque el trato del caballero no diese indicio de ello a Charlotte, y como había deseado creer que ese cambio era obra del amor y el objeto de tal amor su amiga Lizzy, se empeñó en descubrirlo. Vigilábale siempre que estaban en Rosings y cuando él venía a Hunsford, pero sin éxito. Era indudable que Darcy miraba mucho a su amiga, pero la expresión de tales miradas era dudosa. Aunque atenta y meditativa, dudaba, sin embargo, que hubiese entusiasmo en él, y a veces parecía sencillamente distraído.

Dos o tres veces había expuesto a Lizzy la posibilidad de que él estuviese interesado en ella, pero ésta siempre reía al escucharla, y Mrs. Collins no consideró conveniente insistir en el tema por temor a que naciesen esperanzas que sólo podían acabar en disgustos; porque, en su opinión, no había duda de que todo el disgusto que inspiraba a su amiga habría de disiparse en cuanto ésta supiese que lo tenía en su poder.

En sus cariñosos proyectos sobre Lizzy entraba, a veces, el de casarla con el coronel Fitzwilliam. Era éste, sin comparación, el hombre más agradable de ambos, la admiraba de veras, y su posición era apetecible; pero, como para contrapesar esas ventajas, Darcy tenía gran patronato en la iglesia y su primo no poseía ninguno.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 33

En sus paseos por el parque, Lizzy se había encontrado más de una vez, inesperadamente, con Darcy. La primera lo lamentó y para evitarlo en lo sucesivo, se guardó bien de no indicarle que aquél era su lugar favorito. Era raro, por lo tanto, que dicho encuentro ocurriese por segunda vez y, sin embargo, ocurrió, y aun una tercera. Parecía, por parte de Darcy, fruto de maldad ingénita o acaso penitencia voluntaria, porque en tales ocasiones la cosa no se reducía a unas preguntas de cumplido y marchar luego cada uno por su lado, sino que ahora él juzgaba necesario retroceder y pasear con ella. Jamás hablaba mucho ni la forzaba a hacerlo, pero en ocasión del tercer encuentro a Lizzy le sorprendió que le preguntase ciertas cosas raras, como si le gustaba estar en Hunsford, si le placían los paseos solitarios, o qué opinión tenía de la felicidad de Mrs. Collins, y sobre todo, que al hablar de Rosings y del imperfecto conocimiento que ella tenía de la casa, pareciese suponer que cuando ella regresase a Kent también residiría allí. Al decir aquello, ¿estaría pensando en el coronel Fitzwilliam? Suponía que, de referirse él a algo, debía de aludir a lo que pudiera resultar por ese lado. Esto le produjo cierta turbación, y por eso se alegró de hallarse ya a la puerta de la empalizada y de la abadía.

Pocos días después, mientras paseaba leyendo la última carta de Jane, se detuvo para reflexionar en cierto pasaje que parecía escrito de mal humor, cuando, en vez de verse sorprendida de nuevo por Darcy, notó, al levantar la vista, que se encontraba ante ella el coronel Fitzwilliam. Guardó la carta de inmediato y, esbozando una sonrisa, dijo:

—No sabía que le gustase a usted pasear por aquí.

—He estado dando una vuelta por el parque —repuso él—, como suelo hacerlo todos los años, y pensaba terminarla con una visita a la abadía. ¿Va usted muy lejos?

—No, me disponía a regresar.

Y así, en efecto, se volvió y ambos echaron a andar hacia la abadía.

—¿Abandona usted Kent el sábado? —preguntó ella.

—Sí, a menos que Darcy aplace de nuevo la partida. Pero yo estoy a su disposición, y haré lo que a él le plazca.

—Y si no resulta conforme con lo que dispone, al menos tendrá el gusto de poder elegir. No conozco a nadie que parezca gozar de la facultad de hacer lo que quiere como Mr. Darcy.

—Le gusta satisfacer sus caprichos —dijo el coronel Fitzwilliam—. Pero eso nos ocurre a todos. Sólo que él posee más medios, porque es rico, en tanto que otros somos pobres. Hablo por experiencia. Usted sabe que un hijo menor, como yo, ha de habituarse a la dependencia y el sacrificio.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—En mi opinión, el hijo menor de un conde debe de saber poco esas cosas. Vamos, en serio, ¿qué sabe usted de sacrificio y dependencia? ¿Cuándo se ha visto usted impedido por falta de dinero a ir a donde le plazca o procurarse algún gusto?

—Ésas son cuestiones muy íntimas, y acaso esté en condiciones de decir que no he experimentado muchas privaciones por el estilo. Pero en cuestiones más importantes puedo sentir la falta de dinero. Los hijos menores no pueden casarse cuando les place.

—A no ser que tengan la oportunidad de elegir una mujer de fortuna, que es lo que sucede a menudo.

—Nuestro hábito de gastar nos hace demasiado dependientes, y no hay muchos hombres en mi situación que puedan consentir en casarse sin prestar alguna atención al dinero.

Lizzy se preguntó si se refería a ella, y se sonrojó al pensarlo; pero, reponiéndose, dijo con tono jovial:

—Ahora dígame, ¿a qué precio suele cotizarse el hijo menor de un conde? A no ser que el hermano mayor sea enfermizo, no pedirán ustedes menos de cincuenta mil libras.

Él contestó con el mismo tono, y el tema se agotó. Para impedir un silencio que podría impulsarlo a imaginar que lo dicho la había afectado, Lizzy comentó:

—Yo creo que su primo lo ha traído aquí, sobre todo, para tener alguien a su disposición. Me extraña que no se case, para disponer así de una persona sujeta a su capricho. Pero acaso su hermana le baste para no sentirse solo, por ahora, y como está bajo su cuidado podrá hacer con ella lo que quiera.

—No —repuso el coronel Fitzwilliam—; ésa es una ventaja que tiene que compartir conmigo. Estoy unido a él en lo que atañe a la tutela de Miss Darcy.

—¿De veras? Y dígame, ¿qué clase de tutela ejercen ustedes? ¿Les da mucho que hacer esa carga? Las jóvenes de su edad son, a veces, algo difíciles de gobernar, y si posee el mismo carácter de Mr. Darcy, le gustará hacer siempre su voluntad.

Mientras él hablaba, ella lo observaba con detenimiento, y el modo en que le preguntó cómo suponía que Miss Darcy podía darles un disgusto, la convenció de que, de una manera u otra, se había acercado a la verdad. A esa pregunta contestó directamente:

—No tiene usted de qué preocuparse. Jamás he oído nada que le agraviase, y le aseguro que es una de las muchachas más encantadoras del mundo. Conozco a muchas personas que sienten por ella un gran aprecio; entre otras, Mrs. Hurst y Miss Bingley. Creo que usted las conoce.

—Un poco. Su hermano es un caballero agradable, gran amigo de Darcy.

—¡Oh, sí! —exclamó Lizzy ásperamente—. Mr. Darcy es muy afectuoso con Mr. Bingley y se interesa por su bienestar.

—Así es. En realidad, se interesa por él cuando cree que lo necesita. Por algo que me dijo durante el viaje, puedo afirmar que Bingley le debe mucho. Pero debo pedirle que me dispense, porque no tengo derecho a suponer que Bingley fuese la persona a quien se refería. Ha sido una conjetura mía.

—¿A qué se refiere usted?

—Es algo que Darcy no querría que se hiciera público, porque si llegase a conocimiento de la familia de la dama resultaría muy desagradable.

—Puede usted contar con que no diré una palabra.

—Recuerde que carezco de pruebas para suponer que se trata de Bingley. Lo que me confió fue que se congratulaba de haber librado hace poco a un amigo de cierto casamiento muy imprudente. Aunque no mencionó nombres ni otras particularidades, sospeché que se trataba de Bingley sólo porque me parece un joven muy capaz para verse en semejante situación y por saber que habían estado juntos el verano último.

—¿Le expuso Mr. Darcy las razones que tuvo para su intervención?

—Entendí que había algunas objeciones de peso contra la dama en cuestión.

—¿Y cómo se las arregló para separarlos?

—No me habló de sus artimañas —respondió Fitzwilliam con una sonrisa—. Sólo me comunicó lo que le he dicho a usted.

Lizzy guardó silencio y siguió meditando, con el corazón henchido de indignación. Tras contemplarla por un instante, Fitzwilliam le preguntó por qué estaba tan pensativa.

—Estoy pensando en lo que usted me ha relatado —contestó ella—. La conducta de su primo no me satisface. ¿Qué razón tenía para constituirse en juez?

—¿Considera usted que no obró correctamente?

—No veo qué derecho asistía a Mr. Darcy para que decidiese sobre los sentimientos de su amigo y determinase el modo en que éste debía alcanzar la felicidad. Pero —añadió, conteniéndose—, como no conozco los detalles no puedo censurarlo. Sin embargo, no creo que hubiese un afecto profundo entre ambos.

—Es natural sospecharlo —aseguró Fitzwilliam—; pero eso resta méritos al triunfo de mi primo.

Aunque dijo esto último en broma, a Lizzy le pareció un retrato tan exacto de Darcy, que prefirió no contestar, y por eso, cambiando de tema, habló de generalidades hasta que llegaron a la abadía. Allí, encerrada en su habitación en cuanto Fitzwilliam se hubo marchado, pudo reflexionar sin interrupción acerca de cuanto había oído. No cabía suponer que el coronel se refiriese a otras personas, sino a aquellas con quienes estaba relacionado; no podían existir dos



hombres sobre los que pudiese ejercer Darcy tan ilimitada influencia. Jamás había dudado de que éste hubiera intervenido en las medidas tomadas para separar a Bingley y Jane, pero siempre había atribuido a Miss Bingley el papel principal y el haberlas ideado. No obstante, ahora, si su propia vanidad no le hacía errar, resultaba que él era la causa, que su orgullo y su capricho eran los causantes de cuanto Jane había sufrido y seguía sufriendo. Él había destruido toda esperanza de felicidad en el más amable y generoso corazón del mundo, y nadie era capaz de calcular cuánto daño había causado.

Que «había algunas objeciones de peso contra la dama en cuestión», tales habían sido las palabras del coronel Fitzwilliam, y esas objeciones serían, probablemente, que tenía un tío procurador rural y otro comerciante en Londres.

¡Objeciones contra Jane!, se decía a sí misma. ¡Contra ella, que es todo amabilidad y ternura! Es inteligente, talentosa y educada, posee modales cautivadores. Nada malo puede decirse de mi padre, quien, a pesar de sus rarezas, posee aptitudes que no desdeñaría el propio Darcy y una respetabilidad que éste acaso nunca alcance. Cuando pensó en su madre, su confianza vaciló un poco, pero no pudo conceder que ninguna objeción pudiera ser de peso para Darcy, cuyo orgullo —de ello estaba segura— se vería más profundamente herido, por la falta de categoría de los parientes de su amigo que por su carencia de sentido común, y quedó al fin convencida de que había sido guiado en parte por la peor clase de orgullo y en parte, también, por su deseo de reservar a Bingley para su hermana.

La agitación y las lágrimas que tales reflexiones causaron en ella, le produjeron jaqueca, y aumentó tanto ésta por la tarde que, sumada a su resolución de no ver a Darcy, la indujo a no acompañar a sus primos a Rosings, donde estaban invitados a tomar el té. Mrs. Collins, al advertir que se encontraba verdaderamente indispuesta, no la instó a que fuera, e impidió que su marido lo hiciese; pero Collins no pudo ocultar su temor de que a lady Catherine le disgustara el que se quedase en casa.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 34

Cuando todos se marcharon, Lizzy, como si se propusiera exasperarse todo lo posible contra Darcy, se dedicó a releer las cartas de Jane que había recibido desde que se hallaba en Kent. No contenían lamentaciones, ni había en ellas nada que denotase que revivía el pasado, ni noticias de sufrimientos en la actualidad; pero en todas, y en casi todos los renglones, faltaba la alegría que solía caracterizar su estilo, el cual, procedente de un espíritu en paz consigo mismo y dispuesto afectuosamente para con los demás, apenas se había nublado nunca. Lizzy prestó atención a las frases reveladoras de desasosiego. El que Darcy pudiera jactarse de la aflicción que había causado, le proporcionaba una idea aún más intensa de los sufrimientos de su hermana. La consolaba en parte considerar que la visita de aquél a Rosings terminaría en dos días, y todavía más el que al cabo de quince días ella estaría de nuevo con Jane y podría contribuir con su afecto fraternal a devolver la alegría a su espíritu.

No podía pensar en que Darcy abandonaba Kent sin recordar que su primo se iba con él; pero el coronel Fitzwilliam le había manifestado claramente que no sentía por ella ninguna inclinación amorosa, y por más grato que él le fuera, no tenía por qué lamentar su marcha.

Mientras meditaba acerca de esto, fue repentinamente sorprendida por el sonido de la campanilla de la puerta principal, y experimentó una sensación de malestar al pensar que quizá se tratase del propio coronel Fitzwilliam, que ya los había visitado por la tarde y tal vez viniera a enterarse de su salud. Pero la idea se desvaneció pronto, y espantada comprobó que quien entraba en el salón era Darcy. Tomó asiento por unos momentos, y levantándose luego, se paseó por la estancia. Lizzy estaba sorprendida, pero no pronunció palabra. Tras un silencio de varios minutos, se acercó a ella y, con visible agitación, dijo:

—He luchado en vano. Ya no quiero hacerlo. Me resulta imposible contener mis sentimientos. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo.

El asombro de Lizzy fue mayúsculo. Se ruborizó y, boquiabierta, permaneció en silencio. Esto pareció infundirle a él aún más valor, y así, prosiguió declarando lo que sentía desde hacía tiempo por ella. Pero además de los sentimientos del corazón no fue menos elocuente en el tema de la ternura que en el del orgullo. La idea que tenía respecto de la inferior condición social de Lizzy, la creencia de que al proceder así él se degradaba, los obstáculos de familia que el buen juicio había opuesto siempre a la estimación, fueron cosas en las que insistió con un valor que demostraba lo mucho que esas cosas lo afectaban, pero a la vez no resultaba adecuado para favorecer su demanda.

A pesar de la profunda aversión que sentía hacia él, Lizzy no pudo ser insensible a aquellas manifestaciones de afecto, y aunque sus intenciones no variaron ni por un instante, la entristeció pensar en lo mucho que lo haría sufrir, hasta que, resentida por el lenguaje que había empleado, su compasión se convirtió en ira. Trató, con todo, de contestar con calma. Él concluyó asegurándole la firmeza de sus sentimientos, que no había podido vencer a pesar de

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



sus esfuerzos, y expresó su confianza en verse recompensado si aceptaba su mano. Al decir esto, ella percibió que Darcy no ponía en duda una contestación favorable. Hablaba de recelos, de ansiedad, pero su aspecto denotaba seguridad absoluta. Semejante modo de expresarse sólo logró exasperarla aún más, y cuando acabó, con el rostro sonrosado, le dijo:

—En casos como éste creo que es costumbre agradecer los sentimientos expresados, aun en el caso de que sean rechazados. Es natural, pues, sentirse obligada, y si yo pudiera experimentar algún sentimiento de gratitud, le daría a usted las gracias. Pero no puedo; nunca he deseado su consideración, y usted lo ha reconocido sin querer. Lamento causarle algún pesar, y espero que éste no dure mucho. Los sentimientos que, según usted, le han impedido durante largo tiempo expresar su afecto hacia mí, lograrán, sin gran dificultad, dominar ese pesar después de esta explicación.

Darcy, que estaba apoyado en la mesa, mirando a Lizzy fijamente a los ojos, pareció recibir sus palabras con no menos resentimiento que sorpresa. Palideció de ira, y la turbación de que era presa se manifestó en sus facciones. Luchaba por parecer mesurado, y no abrió los labios hasta que creyó conseguirlo. Ese silencio fue terrible para Lizzy. Por último, con tono de forzada serenidad, dijo él:

—¿Y ésta es toda la contestación que he de tener el honor de esperar? Quizá pudiera desear que se me informase por qué soy rechazado de forma tan poco cortés. Pero eso ya tiene poca importancia.

—Yo también podría —replicó ella— preguntar por qué se ha propuesto ofenderme e insultarme diciéndome que me ama contra su voluntad, contra su buen juicio y aun contra su carácter. ¿No es ésta sobrada excusa para mi falta de cortesía, si es que en realidad la he cometido? Pero tengo otros motivos para rechazar su proposición, usted lo sabe. Aun cuando mis sentimientos no hubieran sido indiferentes o le fueran favorables, ¿piensa usted que podría existir alguna consideración que me indujera a aceptar a un hombre que ha sido la causa de que mi querida hermana haya visto destruida para siempre su felicidad?

Cuando ella pronunció estas palabras, Darcy cambió de color; pero la emoción fue pasajera, y siguió escuchando sin intención de interrumpirla:

—Me sobran motivos para pensar mal de usted —continuó Lizzy—. No hay razón alguna que pueda justificar el papel injusto y falto de generosidad que usted desempeñó en tal caso. No puede negar que ha sido la principal causa, si no la única, de su separación y de exponer al uno a las censuras del mundo por su capricho y volubilidad, y a la otra a la burla por sus esperanzas decepcionadas, sumiendo así a ambos en la mayor desventura.

Guardó silencio por un instante y advirtió indignada, que él escuchaba con un gesto que no expresaba el menor remordimiento. Incluso la miraba con una sonrisa de afectada incredulidad.

—¿Puede usted negar que ha hecho eso? —preguntó ella.

Con fingida tranquilidad, contestó él:

—No he de negar que hice cuanto estuvo en mi mano para separar a mi amigo de su hermana, Lizzy, ni que celebro el haberlo logrado. He sido mejor con él que conmigo mismo.

Lizzy simuló aparentar que no había oído esas palabras, pero su significado no se le escapó, y no sirvió para reconciliarla.

—Pero no es sólo en ese asunto —prosiguió ella— en lo que se fundamenta mi disgusto. Su carácter me había sido revelado hace muchos meses ya por un relato que me expuso Mr. Wickham. Sobre el particular, ¿qué puede usted decir? ¿Qué acto de imaginaria amistad puede usted alegar en su defensa, o qué falso pretexto puede alegar para justificar su engaño?

—Tiene usted mucho interés por lo que afecta a ese caballero —dijo Darcy con tono menos tranquilo y el rostro enrojecido.

—¿Quién que conozca las desgracias que ha sufrido puede dejar de interesarse por él?

—¡Sus desgracias! —repitió Darcy desdeñosamente—. Sí, sus desgracias han sido grandes, en verdad.

—¡Y usted es el culpable! —exclamó Lizzy, enérgica—. Usted lo ha reducido a su presente estado de pobreza, de relativa pobreza. Usted ha marchitado las esperanzas que le estaban reservadas. Lo ha privado, en los mejores años de la vida, de aquella independencia que no le era menos debida que merecida. ¡Usted ha hecho todo eso! Y aún es capaz de despreciar sus desgracias y burlarse de ellas.

—¿Ésa es la opinión que tiene usted de mí? —exclamó Darcy, caminando nervioso, por la estancia—. ¿Ésa es toda la estima que le merezco? Le doy las gracias por su franqueza a pesar de todo. Según sus cálculos, mis faltas han sido graves. Pero quizá —añadió, deteniéndose y volviéndose hacia ella— esas faltas se habrían pasado por alto si su orgullo no se hubiera sentido ofendido por mi honrada confesión de los escrúpulos que durante largo tiempo me impidieron tomar una resolución. Habría evitado tan amargas acusaciones si yo, actuando con mayor sagacidad, hubiera ocultado mis luchas interiores, limitándome a hacerle creer que me había visto impelido a dar este paso un amor apasionado. Pero aborrezco el disimulo de toda especie. Me avergüenzo de los sentimientos expresados; aunque eran naturales y legítimos. ¿Podía usted esperar que me agradara que sus parientes fueran de clase inferior, que me regocijase con la esperanza de unirme a una familia de condición social más baja que la mía?

La ira de Lizzy aumentaba por momentos, pero aun así trató de hablar con mesura al decir:

—Se equivoca usted, Mr. Darcy, si supone que lo que más me ha afectado ha sido la forma de su declaración, si piensa que me habría ahorrado el mal rato de rechazarlo si se hubiera conducido de modo más caballeroso.

Al escuchar esto, él la miró fijamente, pero no abrió la boca, y así, ella prosiguió:



—No importa el modo en que me hubiese declarado su amor, siempre lo habría rechazado.

Él la miró con una mezcla de incredulidad y disgusto. Ella continuó:

—Desde el comienzo mismo, casi puedo decir que desde el instante mismo en que lo conocí, sus modales, que consideré propios de una persona arrogante, su vanidad, su desdén egoísta a los sentimientos ajenos, pusieron los cimientos de la desaprobación que los sucesos posteriores han convertido en firme desagrado; y aunque no lo hubiera conocido sino hace un mes, habría pensado que era usted el último hombre del mundo con quien podría casarme.

—Ha dicho usted más que suficiente, señorita. Comprendo perfectamente sus sentimientos, y sólo me resta avergonzarme de lo que han sido los míos. Perdóneme por haberle robado su precioso tiempo y acepte mis deseos de salud y felicidad.

Y con estas palabras abandonó con rapidez la estancia, y Lizzy lo oyó abrir la puerta principal y salir de la casa.

Se sentía confusa y abatida. No podía sostenerse en pie, y fue tal la debilidad que se apoderó de ella, que se sentó y lloró durante media hora. Su asombro crecía al recordar lo sucedido. Que hubiera recibido una proposición de matrimonio de Darcy; que él llevara tantos meses enamorado de ella hasta el punto de desear hacerla su esposa a pesar de las objeciones que le habían hecho impedir que su amigo se casase con su hermana, y que debieron hacerse sentir al fin y al cabo con igual fuerza en su propio caso, ¡todo eso era increíble! Sin duda era halagador haber inspirado afecto tan vehemente. Pero el orgullo de él, su desvergonzada confesión de lo que le había hecho a Jane, su imperdonable descaro al reconocerlo aun sin poder ofrecer justificación, y el modo insensible con que había hablado de Wickham, cuya crueldad hacia él no había osado negar, pronto prevalecieron sobre la compasión que el asombro le había hecho sentir por un instante. Continuó entregada a sus reflexiones hasta que el ruido del coche de lady Catherine le hizo percatarse de que en aquel momento no se veía con ánimo para recibir a Charlotte, y se apresuró a volver a su habitación.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 35

Lizzy despertó a la mañana siguiente con los mismos pensamientos y cavilaciones que la noche anterior. Aún no podía reponerse de la sorpresa de lo ocurrido; no conseguía pensar en otra cosa, e incapaz de ocuparse de algo, después del desayuno resolvió dedicarse a tomar el aire y hacer ejercicio. Se dirigía a hacer su paseo favorito cuando, al recordar que se había encontrado varias veces con Darcy, se detuvo, y en lugar de entrar en el parque tomó el camino que conducía a la carretera. Pronto llegó a uno de los portillos que daban acceso a la finca.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.

Después de pasar dos o tres veces por esa parte del camino, el clima agradable la impulsó a detenerse y contemplar el parque. Las cinco semanas que llevaba en Kent habían transformado mucho la campiña, y cada día verdeaban más los árboles. A punto estaba de continuar su paseo, cuando vislumbró un caballero en el bosquecillo que bordeaba el parque; se dirigía hacia ella, y temiendo que fuera Darcy, Lizzy se retiró de inmediato. Pero el caballero ya la había visto, y, acelerando el paso, pronunció su nombre a viva voz. Ella se había vuelto, pero al oír que quien la llamaba era Darcy, se dirigió hacia el portillo. Él ya había llegado allí, y tendiendo una carta que ella instintivamente cogió, dijo con tono de altanero comedimiento:

—Llevo largo rato paseando por la alameda en espera de verla. ¿Quiere usted hacerme el honor de leer esta carta?

Y al instante, con una ligera inclinación, se internó de nuevo en el bosquecillo y pronto se perdió de vista.

Con la mayor curiosidad, pero sin esperanza de encontrar en ella nada agradable, Lizzy abrió la carta, y con sorpresa comprobó que el sobre contenía dos cuartillas llenas en su totalidad con letra muy apretada. Incluso el sobre estaba totalmente escrito. Prosiguiendo su paseo por el camino, comenzó a leer. Estaba fechada en Rosings a las ocho de la mañana y era como sigue:

No se alarme usted, señorita, al recibir esta carta creyendo que contiene una repetición de los sentimientos, una renovación de los ofrecimientos que tanto disgusto le causaron anoche. Escribo sin intención de importunarla o humillarla insistiendo en deseos que, para bien de ambos, no pueden olvidarse tan pronto; y el esfuerzo que la redacción y la lectura de esta carta tiene que causar podrían haberse ahorrado si mi temperamento no requiriese que se escriba y que se lea. Por lo tanto, ha de perdonarme la libertad con que solicito su atención; sé que sus sentimientos sólo pueden otorgarla de mala gana, pero lo solicito de espíritu de justicia.

Dos delitos de naturaleza muy diversa y en modo alguno de igual magnitud ha cargado usted sobre mí la pasada noche. El mencionado en primer término era que había separado a Mr. Bingley de su hermana, sin consideración a los sentimientos de ninguno de ellos, y el otro, que yo, a pesar de determinados derechos, a despecho del honor y de la humanidad, había arruinado la prosperidad inmediata y marchitado las esperanzas de Mr. Wickham. Haber arrojado cruel e impudicamente al compañero de mi juventud, al favorito de mi padre, joven

que apenas tenía otro cobijo que el que nosotros le dábamos y que había sido educado en la esperanza de que ése se ejerciese, sería un acto depravado con que no podría compararse la separación de dos jóvenes cuyo afecto tal vez fuese cosa de unas pocas semanas. Pero de la severidad con que me censuró usted anoche espero verme libre en el futuro si lee usted la siguiente relación de mis actos y de los motivos de éstos. Si me veo en la necesidad de revelar sentimientos que pudieran ofender los suyos, créame que lo lamento. Hay que obedecer a aquello que se considera necesario, y toda excusa sería absurda.

No llevaba mucho tiempo en el condado de Hertford cuando observé, como los demás, que Mr. Bingley distinguía a su hermana mayor sobre todas las muchachas de la región. Pero no fue hasta la noche del baile de Netherfield cuando me convencí de que sentía por ella afecto verdadero. Varias veces lo había visto enamorado. En aquella velada, mientras tenía yo el honor de bailar con usted, supe por primera vez, porque así me lo informó casualmente sir William Lucas, que las atenciones de Bingley hacia su hermana habían hecho concebir esperanzas de matrimonio. Él me habló de ello como algo seguro, y que sólo quedaba por decidir la fecha. Desde aquel momento observé con atención la conducta de mi amigo y noté que su interés por Miss Bennet era mayor de cuanto había visto en él. También observé a su hermana. Su actitud y sus modales eran francos, alegres y atractivos, como siempre, pero no expresaban estimación particular; y del examen de la velada quedé convencido de que, aun recibiendo con gusto las atenciones de él, no correspondía a ellas con idéntico sentimiento. Si usted no se ha equivocado en cuanto a esto, será que yo he estado en un error. Usted, evidentemente, conoce mejor a su hermana, lo cual hace más probable lo último; y si es así, si inducido por ese error le he causado alguna clase de aflicción a usted, su resentimiento no ha sido infundado. Pero no tendría escrúpulos en asegurar que su hermana parecía tan serena que cualquiera que la hubiese observado habría tenido la convicción de que, aun siendo de carácter amistoso, su corazón no parecía fácil de herir. Es cierto que yo deseaba creer en su indiferencia, pero me atrevo a afirmar que mis investigaciones y mis decisiones no suelen dejarse influir por esperanzas o temores. No la creía indiferente porque yo lo deseaba, sino que la juzgaba así con imparcialidad, como si lo desease razonablemente. Mis objeciones a tal matrimonio no eran exactamente las que la última noche reconocí que requerían, en mi caso, la mayor fuerza pasional para dejarlas de lado; la desproporción no sería tan grave mal para mi amigo como para mí, pero había otros motivos, motivos que también existen ahora en mi caso, pero que entonces había procurado olvidar puesto que no me afectaban directamente. Los mencionaré aunque sea brevemente. La situación de la familia de su madre, si bien discutible, no era nada en comparación con la absoluta falta de prudencia de la que tan a menudo daban muestra ella misma, sus tres hermanas menores y, a veces, su padre. Perdóneme, no es mi intención ofenderla, pero en medio de su inquietud por los defectos de sus parientes más próximos y de su disgusto por la mención de los mismos, consuélense considerando que el haberse conducido ustedes de tal modo que haya evitado la menor sombra de tales censuras, es no menos elogioso para usted y su hermana mayor el que todo el mundo considere la conducta de ambas como intachable. Sólo diré que con lo que pasó aquella noche se confirmó por completo mi sospecha y crecieron los motivos que antes habían podido impulsarme a preservar a mi amigo de lo que yo consideraba

una boda descabellada. Él se marchó de Netherfield rumbo a Londres al día siguiente, como usted recordará, con la intención de regresar pronto.

Falta ahora explicar cuál fue mi actuación en el asunto. Sus hermanas y yo estábamos inquietos por igual; pronto descubrimos que nuestros sentimientos coincidían, y concedores de que no había tiempo que perder en separar a Bingley, resolvimos reunirnos inmediatamente con él en Londres. En vista de ello, fuimos allí, y de inmediato me dediqué a la empresa de hacer ver a mi amigo los peligros que entrañaba semejante elección. Se los enumeré con lujo de detalles. Pero aunque una exposición así pudiera lograr que su determinación vacilara, no creo que hubiese impedido a la postre el matrimonio si no hubiera sido secundada por la seguridad, que no dudé en darle, de la indiferencia de su hermana. Hasta entonces había creído que ella correspondía a su afecto con sincera aunque no igual estimación. Pero Bingley tiene una gran modestia natural que le induce a someter siempre su juicio a mi opinión. Con todo, convencerlo de que se había engañado no fue cosa fácil; persuadirle de no volver al condado una vez convencido de aquello, sólo me llevó un instante. No puedo censurarme por haber hecho todo eso. Creo que en todo obré bien salvo en una cosa: acceder a adoptar medidas tales que ocultaran a Bingley la presencia de Jane en la capital. Tanto yo como Miss Bingley estábamos al corriente, pero el hermano de ésta aún lo ignoraba. Es probable que se hubieran encontrado sin malas consecuencias; pero su afecto no me parecía lo suficientemente extinguido como para que la viese sin peligro. Acaso esa ocultación fuera indigna de mí, pero la tuve por lo mejor. En ese asunto no tengo más que decir ni otra excusa que ofrecer. Si he herido los sentimientos de Jane, ha sido involuntariamente, y aunque los motivos que me guiaron es natural que puedan parecerle insuficientes, aún no he podido condenarlos.

Con respecto a la otra acusación, más grave, de haber perjudicado a Mr. Wickham, sólo puedo refutarla presentando ante usted la totalidad de su relación con mi familia. Ignoro de qué me ha acusado él en particular, pero de la verdad de cuanto voy a contar a usted puedo citar más de un testigo de garantía innegable.

Mr. Wickham es hijo de un hombre muy respetable que durante muchos años se encargó de la administración de nuestro patrimonio de Pemberley, y cuya buena conducta en el desempeño de su cargo inclinó, como era natural, a mi padre a favorecerlo, a él y también a su ahijado, George Wickham. Mi padre le costeó la escuela y después Cambridge, ya que su progenitor, siempre pobre por los despilfarros de su esposa, no habría podido educarlo como a un caballero. El mío, no sólo gustaba de la compañía del muchacho, cuyos modales eran siempre atractivos, sino que tenía la más alta opinión de él, y esperando que el servicio eclesiástico fuera su profesión, trató de procurarle una situación económica holgada. En cuanto a mí, hace muchos años que comencé a pensar de él de muy diferente manera. Las propensiones viciosas, la falta de principios, que cuidaba de ocultar al conocimiento de su mejor amigo, no pudieron escapar a la atención de un joven de casi su misma edad y que podía observarlo en momentos de espontaneidad, cosa que no podía ver mi padre. A partir de este momento, lamento volver a decepcionarla, pero cualesquiera que sean los sentimientos que Mr. Wickham haya despertado en usted, no me impedirá desenmascarar su verdadero carácter.



Mi excelente padre murió hace cinco años, y su afecto hacia Mr. Wickham siguió tan constante hasta el fin, que en su testamento me recomendó que velara por su prosperidad del mejor modo que su profesión consintiera; y, si recibía las órdenes, deseaba que fuese suyo un beneficio eclesiástico capaz de satisfacer a una familia en cuanto quedase vacante. También había allí un legado de mil libras. Su propio padre no sobrevivió mucho al mío, y antes de medio año, tras ambos decesos, Mr. Wickham me escribió informándome de que, habiendo resuelto por fin no ordenarse, suponía que yo no tendría por indebido que esperase alguna ventaja pecuniaria más inmediata a cambio del beneficio que no había de disfrutar. Añadía que tenía la intención de estudiar leyes y que yo debía comprender que los intereses de mil libras no bastaban para lograrlo. En cuanto a mí, más bien deseaba creer que él fuera sincero; pero de todos modos estuve dispuesto a acceder a su proposición. Sabía que Mr. Wickham no debía ser clérigo; el asunto se arregló, por consiguiente, con su renuncia a toda pretensión de un beneficio eclesiástico, y como compensación aceptó tres mil libras. Toda cuestión entre ambos parecía, así, zanjada. Pensaba de él demasiado mal como para invitarlo a Pemberley o admitir su compañía en la capital. Creo que vivió sobre todo en ésta; pero sus estudios de leyes sólo fueron un pretexto, y viéndose libre de todo yugo, se entregó al ocio y la disipación. Durante tres años oí poco de él, pero a la muerte del poseedor del beneficio al que había estado destinado, me envió una carta pidiéndome el cargo. Me aseguraba, y yo le creía, que su situación económica era en extremo precaria, y que estaba decidido a tomar las órdenes si yo lo presentaba para ocupar el beneficio en cuestión, de lo cual él no tenía duda, por saber que yo no disponía de otra persona a quien proponer y por no poder olvidar las intenciones de mi venerable padre. Con dificultad me censurará usted por haberme negado a satisfacer esa petición. Su resentimiento fue proporcional a lo calamitoso de sus circunstancias, y sin duda fue tan violento en ultrajarme ante los demás como en sus reproches directos a mí. Tras el suceso, acabó toda apariencia de relación entre ambos. Ignoro cómo vivía. Pero el verano pasado volvió penosamente a ocupar mi atención.

He de mencionar ahora a usted una circunstancia que yo mismo quisiera olvidar y que no menor obligación que la actual podría inducirme a revelar a ningún ser humano. Habiendo hablado tanto, no dudo de que guardará el secreto. Mi hermana, que es más de diez años menor que yo, quedó bajo la tutela de mi madre, el coronel Fitzwilliam y yo mismo. Hará cosa de un año salió de la escuela y se instaló en Londres, y el verano último fue, con Mrs. Younge, la mujer que dirigía su casa, a Ramsgate, y allí fue también Mr. Wickham, a no dudarlo, adrede, porque se probó que había mediado relación anterior entre él y Mrs. Younge, sobre cuyo carácter habíamos sido, por desgracia, engañados; y con la complicidad de ésta y su ayuda, aquél se dedicó a Georgina, cuyo tierno corazón se sintió intensamente impresionado por la amabilidad que él le demostraba; tanto, que se creyó enamorada y consintió en fugarse. Podemos excusarla, puesto que sólo tenía quince años, y me complace añadir que a ella misma debí el conocimiento del plan. Me reuní con ellos inesperadamente un día o dos antes de la proyectada fuga, y entonces Georgina, incapaz de soportar la idea de afligir y ofender a un hermano, a quien casi consideraba como padre, me lo comunicó todo. En atención al buen nombre y a los sentimientos de mi hermana me abstuve de dar un escándalo público; pero escribí a Mr.

Wickham, quien abandonó al punto aquel lugar, y Mrs. Younge fue, como es natural, destituida de su cargo. La principal mira de Mr. Wickham era, sin duda, la fortuna de mi hermana, consistente en treinta mil libras; pero no puedo dejar de sospechar que la esperanza de vengarse de mí fuese otro estímulo poderoso. En efecto, habría sido una venganza completa.

Ésta es, señorita, la fiel narración de cuantos hechos se han referido a ambos; y si la acepta usted, espero que retire esa acusación de crueldad para con Mr. Wickham. No sé cómo ni con qué mentiras la ha embaucado, pero no me extraña su reacción, ya que ignoraba usted todo lo concerniente a él y a mí. El averiguarlo no estaba a su alcance y no se sentía usted inclinada a sospecharlo.

Es posible que le extrañe a usted el que yo no le haya revelado todo esto la noche pasada, pero entonces no era dueño de mí mismo para discernir qué podía revelar y qué no. De la verdad de cuanto aquí he contado puedo apelar en particular al testimonio del coronel Fitzwilliam, quien por nuestro próximo parentesco y constante intimidad, y aún más como albacea testamentario de mi padre, ha sido inevitablemente puesto al corriente de todo esto. Si el odio que usted siente hacia mí restara valor a mis afirmaciones, confíe al menos en mi primo, a quien podrá consultar. Trataré de encontrar la ocasión para hacer llegar esta carta a sus manos en el curso de esta mañana. Sólo me resta añadir que Dios la bendiga.

FITZWILLIAM DARCY.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 36

Si Lizzy no esperaba, cuando Darcy le dio la carta, que en ésta se renovaran los ofrecimientos amorosos, tampoco podía figurarse cuál era su contenido. Es de suponer la avidez con que la leyó y los sentimientos encontrados que produjo en ella. Al principio pensó, con extrañeza, que Darcy sólo pretendía excusarse, firmemente persuadida de que no podía dar explicación alguna que un sentido convincente del decoro no debiera ocultar. Con una gran dosis de prejuicio hacia cuanto pudiera decir, empezó a leer la relación de lo ocurrido en Netherfield. La leía con rapidez tal, que apenas comprendía nada, y en su impaciencia por saber qué decía la frase siguiente era incapaz de entender el sentido de la que tenía ante los ojos. Desde luego, rechazó sus alegatos sobre la pretendida insensibilidad de Jane, y la lectura de lo principal, o sea, sus objeciones al casamiento, le molestaron demasiado para dignarse hacerles justicia. No se mostraba arrepentido de lo que había hecho, sino que daba muestras de arrogancia. Todo era orgullo e insolencia.

Pero sus sentimientos fueron más penosos y difíciles de definir cuando leyó el relato del comportamiento de Wickham, el cual, de ser cierto, echaba por tierra la opinión que de éste se había formado. Deseaba que no fuese verdad, y varias veces exclamó para sí: ¡Eso tiene que ser falso, eso no puede ser!; y cuando hubo leído la totalidad de la carta, aun sin conocer apenas nada de la última página, o de las dos últimas, la guardó precipitadamente, jurándose que jamás volvería a poner sus ojos en ella.

Profundamente perturbada, echó a andar, hasta que al cabo de medio minuto sacó de nuevo la carta y, tratando de sobreponerse, comenzó otra vez la mortificante lectura de lo relativo a Wickham, imponiéndose a sí misma examinar el sentido de cada frase. Lo que decía de su relación con la familia de Pemberley coincidía exactamente con lo que él mismo le había referido, así como la bondad del difunto Mr. Darcy. Cuanto Wickham había expuesto sobre su beneficio estaba fresco en la memoria de Lizzy, y al recordar las mismas palabras que había pronunciado le fue imposible no comprender que había doblez de una parte o de otra, y estaba segura de que sus deseos no la engañaban. Pero cuando leyó y releyó con la máxima atención las particularidades que siguieron tras renunciar Wickham a sus pretensiones sobre el beneficio eclesiástico, el hecho de recibir a cambio del mismo una suma tan considerable como tres mil libras, la hizo dudar. Dejó la carta y meditó sobre las probabilidades de sinceridad de cada relato, pero con escaso éxito; ambas partes se contradecían. Siguió leyendo; cada línea probaba con mayor claridad que la conducta de Darcy en aquel caso no merecía censura alguna.

Lo del desorden y la perversidad que Darcy no vacilaba en endilgar a Wickham le causaba verdadero disgusto, tanto más cuanto que no podía aportar ninguna prueba de su injusticia. Jamás había oído hablar de él antes de su ingreso en la milicia del condado, en la que había entrado a ruegos de un joven que al encontrarse con él por casualidad en la capital había renovado un superficial conocimiento. De su antiguo modo de vivir, todo lo que se sabía en Hertford era lo que él mismo había contado. En cuanto a su verdadero carácter, ella no había tenido ocasión de analizarlo detenidamente. De hecho, nunca había sentido deseos de

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



descubrirlo: su aspecto, acento y modales lo habían colocado de una vez en posesión de todas las virtudes. Trató de recordar alguna prueba de bondad, algún rasgo especial de integridad o benevolencia capaz de librarlo de los ataques de Darcy, o al menos que lo compensase de aquellos errores circunstanciales entre los cuales pretendía interpretar lo descrito por Darcy como pereza y vicios muy arraigados. Pero no surgió semejante recuerdo. Podía representarlo al instante en todo su atractivo y elegancia, pero nada más sustancial acudía a su memoria fuera de la general estimación por parte de la vecindad y la consideración que su trato social le había granjeado entre sus camaradas. Después de detenerse en ese punto durante un rato, continuó la lectura. Pero, ¡oh!, la historia que seguía acerca de sus planes para con Miss Darcy resultaba plenamente confirmada con lo sucedido entre el coronel Fitzwilliam y ella la mañana anterior. Al final se hacía referencia, para probar la verdad de todas estas acusaciones, al propio coronel, de quien había recibido noticias anticipadas sobre su intervención en todos los asuntos de su primo y cuya veracidad no tenía motivo para poner en duda. Casi resolvió recurrir a él, pero desistió porque hacerlo habría sido considerado una grosería, y convencida, además, de que Darcy jamás se habría arriesgado a citar el nombre de su primo sin tener la certeza de que éste corroboraría su afirmación.

Recordaba a la perfección cuanto habían hablado Wickham y ella en su primer encuentro en casa de Mr. Philips; muchas de sus expresiones aún estaban frescas en su memoria. Ahora notaba lo impropio de tales confidencias a una persona extraña, y se admiraba de no haberlo advertido antes. Veía la falta de delicadeza que implicaba ponerse en evidencia, como lo había hecho, y la diferencia entre sus aseveraciones y su conducta. Recordaba que se había jactado de no temer ver a Darcy, de que éste tendría que abandonar el campo, pero que él permanecería en su sitio; pero una semana más tarde no asistió al baile celebrado en Netherfield. También recordaba que hasta después de marcharse Darcy y los Bingley a Londres, no había referido su historia más que a ella, y al cabo de poco tiempo, todo el mundo parecía estar al corriente, y que ya en esta ocasión no tenía reservas ni escrúpulos a la hora de criticar a Darcy, por más que con anterioridad le había asegurado que por respeto al padre de éste nunca haría tal cosa.

¡Cuán diferente le parecía ahora todo cuanto se refería a él! Sus atenciones a Miss King se revelaban ahora como odiosamente interesadas, y la escasa fortuna que ella misma poseía ya no aparecía como prueba de la moderación de sus deseos, sino de su ambición. El modo en que se había comportado con ella no podía obedecer a ningún motivo aceptable: o se había engañado en cuanto a su fortuna o había tratado de alentar, vanidosamente, el afecto que Lizzy, sin advertirlo, le había demostrado. Todo esfuerzo en su favor se debilitaba cada vez más; y, como mayor justificación de Darcy, no pudo por menos que aceptar que Bingley, al ser interrogado por Jane, había manifestado hacía ya tiempo la inocencia de aquél en ese asunto; que por más orgulloso y repulsivo que fuera, nunca, en el curso de su relación con él —relación que últimamente se había acrecentado, proporcionándole cierta intimidad con su carácter—, jamás había visto nada que lo delatase como persona injusta o carente de principios, nada que le mostrara falto de piedad o poseedor de hábitos inmorales; que entre sus propias relaciones era apreciado y querido; que hasta Wickham le había reconocido méritos como hermano, y ella

misma le había oído hablar a menudo de su hermana con afecto tal que probaba ser capaz de algún sentimiento tierno; que si sus acciones hubieran sido como Wickham las pintaba, ocultarlas habría sido imposible y que la amistad entre una persona capaz de eso y un hombre tan amable como Bingley escapaba a toda comprensión.

Lizzy se sentía cada vez más avergonzada de sí misma. No podía pensar en Darcy ni en Wickham sin reconocer que había estado ciega, que había sido parcial, absurda y que se había dejado dominar por los prejuicios.

—¡Con qué bajeza he obrado —exclamó—, yo, que me enorgullecía de mi inteligencia! ¡Yo que tantas veces he desdeñado el candor de mi hermana y halagado mi vanidad con recelos inútiles o censurables! ¡Qué humillante es este descubrimiento!, pero ¡cuán merecida esta humillación! Ni aun enamorada habría sido desdichadamente ciega. Pero mi locura no ha sido el amor sino la vanidad. Complacida con la preferencia del uno y ofendida por el desprecio del otro, me he dado, desde el principio de nuestra relación, a la presunción y a la ignorancia, huyendo de la razón cuando se trataba de cualquiera de los dos. Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma.

Sus pensamientos la llevaron a Jane, y de ésta a Bingley, recorriendo un camino que pronto le hizo recordar que en la carta había un párrafo en el que Darcy pretendía explicar el motivo por el cual había intervenido en favor de su hermana. Volvió a leerlo, y el efecto que le produjo esta segunda lectura fue muy distinto. ¿Cómo podía negar crédito a sus aseveraciones en uno de los puntos si se había visto forzada a concedérselo en el otro? Darcy declaraba que siempre había sospechado que su hermana no estaba interesada, y Lizzy no pudo por menos que recordar cuál había sido la opinión de Charlotte. Tampoco podía negar que su descripción de Jane era exacta; sabía que los sentimientos de ésta, aunque fervientes, habían sido poco exteriorizados y que denotaban complacencia en aire y maneras, algo que muy pocas veces va unido a una gran sensibilidad.

Cuando llegó a la parte de la carta en que se mencionaba a su familia en términos tan mortificantes y hasta censurables, su sentimiento de vergüenza fue intenso. La justicia de los cargos era demasiado evidente para negarla, y las circunstancias a que aludía como ocurridas en el baile ofrecido en Netherfield, eran tan ciertas que ella aún se sentía mortificada al recordarlas.

El cumplido dirigido a ella y a su hermana no le pasó inadvertido. Era adulador, pero no bastante para consolarla del desprecio que implicaba para el resto de la familia; y al considerar que los disgustos de Jane habían sido, en realidad, obra de sus más inmediatos parientes, y al reflexionar sobre el perjuicio que ocasionaba a ambas conductas tan inconveniente, su desaliento aumentaba por momentos.

Después de caminar dos horas a lo largo del camino, sumida en sus pensamientos, volvió a considerar los hechos, determinando posibilidades, hasta que la fatiga y el recuerdo de lo prolongado de su ausencia la obligaron a regresar a la casa. Al entrar se esforzó por parecer



alegre como siempre, y resolvió reprimir cualquier reflexión que le impidiera conversar con afabilidad.

Enseguida le comunicaron que los dos caballeros de Rosings habían estado allí durante su ausencia; Darcy, sólo unos instantes, para despedirse; pero que el coronel Fitzwilliam había pasado con ellos casi una hora, aguardando su regreso, y que a punto había estado de salir en su busca. Lizzy apenas logró fingir que lamentaba no haberlo visto, pues en realidad se alegraba de ello. El coronel Fitzwilliam ya no le interesaba; sólo podía pensar en la carta.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 37

Ambos caballeros abandonaron Rosings a la mañana siguiente, y Collins, que había estado a la espera cerca del umbral para despedirse efusivamente de ellos, volvió a casa con la grata noticia de que parecían estar bien y animados, a pesar de la triste despedida que sin duda había tenido lugar. Se apresuró, por lo tanto, a ir a Rosings a fin de consolar a lady Catherine y a su hija, y a su regreso, trajo, con gran satisfacción, un mensaje de Su Señoría relativo a que estaba tan triste que deseaba que acudieran todos a comer en su compañía.

Al ver a lady Catherine, Lizzy no pudo evitar recordar que, de habérselo propuesto, en ese momento habría sido presentada a ella como futura sobrina, ni pensar, sin sonreír, en lo indignada que se habría sentido Su Señoría. ¿Qué habría dicho?, ¿qué habría hecho?, se preguntó.

El primer tema de conversación fue la marcha de los huéspedes de Rosings.

—Les aseguro que lo siento mucho —dijo lady Catherine—. Creo que nadie siente la ausencia de los amigos tanto como yo. Pero, además, ¡aprecio tanto a esos jóvenes y ellos me aprecian tanto a mí! Estaban muy tristes al marcharse, como siempre. El querido coronel conservó la entereza de espíritu hasta el final; pero Darcy parecía abatido, más, a mi juicio, que el año pasado. Sin duda, cada vez disfruta más de sus estancias en Rosings.

Collins intervino para aludir a ello y hacer un cumplido, recibido amablemente con una sonrisa por la madre y la hija.

Lady Catherine observó, después de la comida, que Miss Bennet parecía un poco triste, y convencida de que el motivo era el que tuviera que regresar tan pronto a casa de sus padres, le dijo:

—Si es por eso, lo único que tiene que hacer es escribir a su madre pidiéndole que le permita quedarse aquí unos días. Estoy segura de que Mrs. Collins se alegrará mucho de su compañía.

—Le agradezco mucho tan amable invitación —replicó Lizzy—, pero no puedo aceptarla. Tengo que estar en la capital el próximo sábado.

—¡Cómo! Según eso, habrá permanecido usted aquí sólo seis semanas. Esperaba que estuviera dos meses; así se lo dije a Mrs. Collins antes de venir. No puede haber motivo para marcharse tan pronto. Mrs. Bennet podrá pasarse sin usted otros quince días.

—Pero mi padre no. La semana pasada me escribió pidiéndome que adelantara el regreso.

—¡Oh! Si su madre puede prescindir de usted, su padre también podrá. La presencia de una hija nunca es de tanta necesidad para un padre. Y si usted quisiera quedarse otro mes, podría llevarla a Londres, porque a principios de junio pasaré una semana en esa ciudad, y como Danson no se negará a ir en el pescante, quedará lugar para una de ustedes, y si hace frío, no me opondré a que vengan ambas, ya que ninguna es gruesa.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Sois todo bondad, señora, pero tenemos que ceñirnos a nuestro plan primitivo.

Lady Catherine pareció resignarse.

—Mrs. Collins, tendrá usted que enviar una sirvienta con ellas. Ya sabe que no soporto la idea de que dos jóvenes vayan solas en un coche. De modo que alguien tendrá que acompañarlas. Las jóvenes deben permanecer guardadas y atendidas en relación con su posición. Cuando el verano pasado mi sobrina Georgina fue a Ramsgate, insistí en que fueran con ella dos criadas. Miss Darcy, la hija de Mr. Darcy de Pemberley y de Lady Anne, no podría presentarse decentemente de otro modo. Doy la mayor importancia a esas cosas. Tiene usted que enviar a John con las muchachas, Mrs. Collins. Me alegro de que se me haya ocurrido hacerlo presente, porque enviarlas solas habría significado un descrédito para usted.

—Mi tío enviará a un criado a buscarnos.

—¡Ah! ¿Su tío envía para eso a un criado? Pues celebro que tenga usted a alguien que se ocupe de esas cosas. ¿Dónde cambiarán de caballos? ¡Oh!, en Browley, desde luego. Si menciona mi nombre en La Campana, la atenderán mejor.

Lady Catherine tenía otras muchas preguntas que hacer acerca del viaje, y como no todas eran contestadas, Lizzy tuvo que prestarle atención; lo que juzgó una suerte, pues de otro modo, preocupada como estaba, habría olvidado dónde se encontraba. La meditación tenía que reservarla para las horas de soledad.

Estaba en camino de saberse la carta de Darcy de memoria. Estudiaba cada frase, y sus sentimientos hacia su autor eran, a veces, contradictorios. Cuando pensaba en el tono en que estaba escrita, se sentía indignada, pero cuando consideraba lo injusta que había sido con él, volvía la ira contra sí misma, y el desengaño que él había sufrido le inspiraba compasión. El afecto de Darcy hacia ella incrementaba su gratitud, y su modo de ser en general le inspiraba respeto, pero no podía aceptarlo, y ni por un instante se arrepintió de su rechazo ni tuvo el menor deseo de volver a verlo. Se reprochaba el modo en que se había comportado, y en los defectos de su familia encontraba motivos de inagotable pesadumbre. No existía modo de poner remedio a ello. Su padre se contentaba con reírse de sus hermanas menores y jamás trataba de contener su espíritu desbordante, y en cuanto a su madre, cuyos modales eran tan reprochables, no había esperanza de que cambiase. Lizzy a menudo había unido esfuerzos con Jane para tratar de reprimir la imprudencia de Kitty y Lydia, pero mientras a éstas las amparaba la indulgencia de su madre, ¿qué probabilidades había de mejorarlas? La debilidad de ánimo de Kitty, irritable y sometida a la voluntad de Lydia, se había sublevado siempre contra sus adversarios; y ésta, voluntariosa y desenfadada, no atendía a los consejos de prudencia. Ambas eran ignorantes, perezosas y vanidosas. Mientras quedara un oficial en Meryton, coquetearían con él, y mientras Meryton estuviera a un paseo de Longbourn, siempre irían allí.

Pero lo que más le preocupaba era Jane, y la explicación de Darcy, al hacer que volviese a tener buena opinión de Bingley, la obligaba a comprender mejor lo que su hermana había perdido.

Evidentemente, el afecto de él había sido sincero, y su conducta, intachable, a menos que se le reprochase su ciega confianza en su amigo. ¡Cuán triste era pensar que de situación tan apetecible y ventajosa, tan prometedora de dichas, Jane había sido privada por la locura y falta de decoro de su propia familia!

Cuando a esos recuerdos se añadía el descubrimiento de la verdadera personalidad de Wickham, fácilmente se habría podido creer que la bendita alegría que rara vez había faltado en ella se había transformado de tal manera que le resultaba casi imposible mostrarse tan jovial como antes.

Durante la última semana de su estancia las invitaciones a Rosings fueron tan frecuentes como al principio. La última velada también la pasaron allí, y Su Señoría se interesó de nuevo en los detalles del viaje, les dio instrucciones relativas al mejor modo de disponer los baúles e insistió en la necesidad de colocar los vestidos de la única manera que tenía por buena, hasta el punto que Mary se creyó obligada, a su regreso, a deshacer todo el trabajo de la mañana y volver a rehacer su baúl.

Cuando salieron, lady Catherine se dignó desearles feliz viaje, invitándolas a regresar a Hunsford el año próximo, y Miss de Bourgh, con gran esfuerzo, hizo una ligera reverencia y les estrechó la mano.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 38

El sábado por la mañana Lizzy y Collins se encontraron a la hora del almuerzo minutos antes de que llegasen los demás, y él aprovechó la oportunidad para hacerle los cumplidos de despedida, que juzgaba indispensables.

—Ignoro, Lizzy —le dijo—, si Mrs. Collins te ha expresado lo mucho que aprecia tu amabilidad por venir aquí, pero estoy seguro de que no abandonarás esta casa sin recibir por ello su agradecimiento. Apreciamos enormemente el favor de tu grata compañía. Sabemos que a nadie puede tentar nuestra humilde morada. Nuestro sencillo modo de vivir, nuestras reducidas habitaciones y escasos criados han de hacer a Hunsford en extremo aburrido para una joven como tú; pero espero que nos crearás agradecidos por tu condescendencia, como también crearás que hemos hecho cuanto estaba en nuestro poder para impedir que pasase el tiempo desagradablemente.

Lizzy fue expresiva al dar las gracias y manifestarse satisfecha. Había pasado seis semanas deliciosas y el placer de estar con Charlotte, así como las amables atenciones que había recibido, justificaban que fuese ella la agradecida. Collins lo celebró, y con risueña solemnidad respondió:

—Me proporciona una gran alegría escuchar que tu estancia entre nosotros ha sido agradable. Hemos procedido, en verdad, lo mejor que hemos podido. Nos sentimos muy afortunados al haber podido presentarte en tan distinguida sociedad; y por nuestra relación con Rosings y los frecuentes medios de variar la humilde vida doméstica, creo que podemos vanagloriarnos de no haber hecho por completo enfadosa tu visita a Hunsford. Nuestra situación respecto a la familia de lady Catherine es, en verdad, fuente de dicha, así como una ventaja extraordinaria. Ya ves nuestra posición. He de reconocer que, con todas las desventajas de esta humilde abadía, no he de tener compasión de nadie que venga aquí mientras siga nuestra íntima amistad con Rosings.

Las palabras eran insuficientes para expresar sentimientos tan elevados y Collins se vio obligado a pasear por la estancia mientras Lizzy hacía acopio de cortesía para reunir la verdad en escasas y breves frases.

—Puedes, pues, llevar buenas noticias al condado de Hertford, querida prima. Al menos, me enorgullezco de que puedas hacerlo así. Has sido testigo a diario de la amabilidad de lady Catherine para con Mrs. Collins, y confío en que tu amiga no te habrá parecido desgraciada. Pero en cuanto a esto, mejor será callar. Permíteme sólo asegurarte, querida Lizzy, que te deseo de corazón igual felicidad en el matrimonio. Mi amada Charlotte y yo no tenemos sino un solo pensamiento y una sola voluntad. Hay entre nosotros notables semejanzas de carácter y de ideas; parecemos nacidos el uno para el otro.

Lizzy pudo contestar sin fingir que eran muy afortunados, y con igual sinceridad añadió que lo creía firmemente y que se regocijaba con su felicidad doméstica; pero, no obstante, no lamentó la aparición de la dama que la proporcionaba. ¡Pobre Charlotte! ¡Era triste dejarla en semejante compañía! Pero la había elegido, y aunque era evidente que lamentaba que sus visitantes se

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



marcharan, no parecía demandar compasión. Su hogar y sus quehaceres, su parroquia y su gallinero, y todo lo que a ello se refería, aún no habían perdido encanto para ella.

Al cabo, llegó la silla de postas, los baúles fueron cargados, se acomodaron los paquetes y se dijo que todo estaba a punto. Tras afectuosa despedida entre las amigas, Lizzy fue acompañada hasta el coche por Collins, quien mientras cruzaba el jardín le encargó sus afectuosos respetos para toda su familia, sin omitir su agradecimiento por las bondades de que fuera objeto en Longbourn durante el invierno, ni sus cumplidos para los señores de Gardiner, aun sin conocerlos. Dióle la mano luego a Mary, y estaba por cerrar la portezuela cuando, de repente, les recordó que habían olvidado dejar recuerdos para lady Catherine y su hija.

—Pero —añadió—, seguro que desearéis que les sean transmitidos vuestros humildes respetos con vuestro agradecimiento por su amabilidad durante vuestra estancia aquí.

Lizzy no se opuso; la portezuela se cerró y partió el carruaje.

—¡Dios mío! —exclamó Mary tras unos minutos de silencio—. No parece sino que hace un día o dos que llegamos, y, sin embargo, ¡cuántas cosas han ocurrido!

—Muchas, ciertamente —contestó Lizzy con un suspiro.

—Hemos comido nueve veces en Rosings, además de tomar el té en dos ocasiones. ¡Cuánto tengo que contar!

Lizzy dijo para sus adentros: «¡Y cuánto tendré que mantener oculto!»

El viaje transcurrió plácidamente, y a las cuatro horas de haber dejado Hunsford alcanzaron la casa de los Gardiner, donde iban a permanecer unos días.

El aspecto de Jane era excelente, y Lizzy tuvo pocas ocasiones de sondear su estado de ánimo debido a las numerosas invitaciones que la bondad de su tía había reservado para ellas. Pero Jane iba a regresar con ella a Longbourn, y allí habría muchas oportunidades para observarla.

Entretanto, no sin esfuerzo tuvo que esperar hasta Longbourn antes de contar a su hermana las proposiciones de Darcy. El saber que podía revelar lo que había de asombrar tanto a Jane, satisfaciendo al mismo tiempo su propia vanidad dentro del límite de lo razonable, era tal tentación para sincerarse que nada la había vencido sino el estado de indecisión en que estaba sumida y lo mucho de lo que tenía que contar, además del temor de verse obligada a decir algo relativo a Bingley que sólo serviría para entristecer aún más a su hermana.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 39

Era la segunda semana de mayo cuando las tres muchachas marcharon de la casa de sus tíos para regresar a Hertford, y al llegar cerca de la posada donde había de encontrarse el coche de Mr. Bennet, advirtieron al instante, como prueba de la puntualidad del cochero, que Kitty y Lydia estaban asomadas a la ventana del comedor del piso superior. Las dos llevaban cerca de una hora allí, felizmente ocupadas en visitar a una modista, observar al centinela de guardia y preparar una ensalada de pepino.

Después de dar la bienvenida a sus hermanas, les mostraron triunfalmente una mesa dispuesta con cuanta carne fría puede proporcionar la despensa de una posada, exclamando:

—¿No es esto precioso? ¿No es una sorpresa agradable?

—Lo hemos hecho para obsequiaros —añadió Lydia—; pero tendréis que prestarnos dinero, porque hemos gastado el nuestro en varias tiendas de por aquí. —Y enseñando sus compras agregó—: Mirad qué sombrero he adquirido. No es muy bonito, pero lo desharé en cuanto lleguemos a casa y veré si puedo convertirlo en algo mejor.

Y al tildarlo sus hermanas de feo, replicó con indiferencia:

—¡Oh!, pues había en la tienda dos o tres mucho más feos, y cuando haya comprado un bonito satén para adornarlo de nuevo, veréis cómo os gustará. Por otra parte, no importa mucho lo que una pueda llevar este verano después de que el regimiento se haya marchado de Meryton, cosa que hará dentro de quince días.

—¿De veras se va? —exclamó Lizzy con satisfacción.

—Acamparán cerca de Brighton, y por eso es preciso que papá nos lleve allí a todas este verano. Sería un plan delicioso, y me atrevo a afirmar que, después de todo, apenas costaría nada. A mamá también le encantará ir. Sólo piensa en el triste verano que, de otra manera, tendremos.

Sí, pensó Lizzy, sería un plan maravilloso. ¡Cielos! ¡Brighton y un campamento de soldados para nosotras, que ya hemos quedado trastornadas con un mísero regimiento de milicia y con los bailes mensuales de Meryton!

—Tengo algunas noticias para vosotras —dijo Lydia en cuanto se sentaron a la mesa—. ¿Qué creéis? Se trata de algo nuevo, de una noticia importantísima relativa a cierta persona que a todas nos resulta muy simpática.

Jane y Lizzy se miraron e indicaron al camarero que se retirara. Lydia rió y dijo:

—¡Ah!, eso es muy propio de vuestra formalidad y discreción. ¿Pensáis que el camarero no ha de escuchar si quiere? Me atrevo a apostar que oye con frecuencia cosas peores que las que voy a comunicaros. Pero me alegro de que se haya ido; jamás he visto una barba tan larga. Bien, ahora, a mis noticias. Se refieren a nuestro querido Wickham; demasiado buenas para el

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



camarero, ¿no es así? No hay que temer que Wickham se case con Mary King. Ahí lo tenemos para nosotras. Ella se ha ido a Liverpool a casa de su tía, y, según parece, para no volver. ¡Wickham está a salvo!

—Y Mary King está a salvo también —añadió Lizzy—; a salvo de una unión imprudente, por lo que respecta al dinero.

—Muy torpe es marchándose si lo ama.

—Pero supongo que no habrá amor por ningún lado —dijo Jane.

—Estoy segura de que no lo hay por parte de él; ella nunca le importó un bledo. ¿Quién podría cargar con una mujer tan insociable y llena de pecas?

Lizzy se escandalizó, pensando que, aunque fuese incapaz de referirse a alguien en esos términos, ella no podía evitar ser de la misma opinión.

Después de comer, las mayores pagaron la cuenta y pidieron el coche; y tras alguna discusión, todo el grupo, con sus cajas, bolsas y paquetes, y la mal recibida adición de las compras de Kitty y Lydia, se acomodaron en él.

—¡Qué apretadas vamos! —exclamó Lydia—. ¡Me alegro de haber comprado el sombrero sólo por el gusto de llevar otra caja! Bien; vamos a ponernos cómodas y a charlar y reír durante todo el camino hasta casa. Y en primer lugar oigamos lo que os ha ocurrido desde que os fuisteis. ¿Habéis visto hombres agradables? Tenía la esperanza de que alguna de vosotras consiguiera marido antes de regresar. Jane pronto será una vieja, ¡casi tiene veintitrés años! ¡Señor, qué avergonzada estaré si no me he casado antes de esa edad! No podéis figuraros cuánto desea la tía Philips que os caséis. Dice que Lizzy debería haber aceptado a Collins, pero me parece que no habría sido muy divertido. ¡Dios mío, cuánto me gustará contraer matrimonio antes que vosotras! Y entonces os acompañaría a todos los bailes. ¡Ah, queridas, cómo nos hemos divertido el otro día en casa del coronel Forster! Kitty y yo fuimos a pasar la velada allí, ¡Mrs. Forster y yo somos tan amigas! Invitaron también a las dos de Harrington; pero Harriet estaba enferma, y por eso Pen se vio obligada a ir sola; y entonces, ¿qué pensáis que hicimos? Vestimos de mujer a Chamberlayne, con el propósito de que pasase por una señora. ¡Figuraos qué divertido! Nadie lo sabía, excepto el coronel, Mrs. Forster, Kitty y yo, y mi tía, pues tuvimos que pedirle prestado uno de sus vestidos, y no podéis ni imaginar lo bien que le estaba. Cuando llegaron Denny, Wickham y Pratt, y dos o tres más, no lo reconocieron. ¡Señor, cómo me reí! ¡Y lo mismo Mrs. Forster! Creí morirme. Y eso hizo sospechar a los hombres, que pronto descubrieron la broma.

Con análogas historias de reuniones y chanzas trató Lydia, ayudada con las acotaciones y comentarios de Kitty, de divertir a sus compañeras durante todo el camino hasta Longbourn. Lizzy escuchó lo menos que pudo, pero no se le escapó la frecuente mención del nombre de Wickham.

El recibimiento que les dispensaron en su casa fue muy cariñoso. Mrs. Bennet se alegró de ver que Jane seguía tan hermosa como siempre, y más de una vez durante la comida dijo de corazón Mr. Bennet a Lizzy:

—Me alegro de que hayas vuelto, hija.

El comedor estaba muy concurrido, pues casi todas las Lucas fueron a buscar a Mary, y a oír las noticias, y fueron variados los temas que las ocuparon. Lady Lucas interrogaba a su hija desde el otro lado de la mesa sobre el bienestar y el gallinero de Charlotte; Mrs. Bennet se encontraba doblemente ocupada, recibiendo por un lado informaciones acerca de las modas de actualidad, de Jane, que estaba algo lejos de ella, y volviéndose hacia las jóvenes Lucas para transmitir las. Lydia, con voz más ruidosa que las demás explicaba a quien quisiera oír la cómo se había divertido aquella mañana.

—¡Oh, Mary! —exclamó—. Cuánto me habría gustado que vinieses con nosotras, ¡porque nos hemos divertido tanto! Cuando Kitty y yo íbamos solas, cerramos las ventanillas, simulando que no viajaba nadie en el coche, y así habríamos ido todo el camino si Kitty no se hubiera mareado. Cuando llegamos a la hostería nos comportamos espléndidamente pues obsequiamos a nuestras hermanas y a Mary Lucas con el más delicado refrigerio del mundo, y si hubieras ido te habríamos obsequiado a ti también. ¡Y al regresar nos divertimos tanto! Creía que no conseguiríamos entrar en el coche. Me moría de risa. ¡Y lo pasamos tan bien durante el camino! Hablábamos y reíamos tan alto que habrían podido oírnos a diez millas.

A eso respondió con gravedad Mary:

—Lejos de mí, querida hermana, el despreciar tales placeres. Serán sin duda propios del carácter de casi todas las mujeres. Pero confieso que no me atraen. Prefiero, con mucho, un libro.

Pero de esta contestación Lydia no oyó una palabra. Rara vez escuchaba a nadie más de medio minuto, y jamás prestaba atención a Mary.

Por la tarde, Lydia propuso con insistencia ir a Meryton con los demás de la familia a ver cómo estaban todos. Lizzy se opuso resueltamente al plan; no quería que se dijera que las señoritas Bennet no podían permanecer en casa medio día sin perseguir a los oficiales. Y tenía otra razón para oponerse: temía encontrarse con Wickham, y resolvió evitarlo en lo posible. Su satisfacción ante la inminente partida del regimiento era superior a cuanto puede expresarse. Iba a marcharse al cabo de quince días, y una vez que esto ocurriese, ya nadie la molestaría con noticias de él.

No llevaba muchas horas en casa cuando advirtió que el proyecto de ir a veranear a Brighton era objeto de frecuente discusión entre sus padres. Lizzy comprendió de inmediato que su padre no tenía la menor intención de ceder; pero sus contestaciones eran a la vez tan vagas y equívocas, que su madre, aunque con frecuencia descorazonada, no perdía la esperanza de salirse con la suya.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 40

La impaciencia de Lizzy por comunicar a Jane lo que le había ocurrido, hizo que decidiese omitir cualquier detalle que se refiriese a su hermana y, después de anunciarle que se llevaría una sorpresa, a la mañana siguiente le contó lo más importante de su encuentro con Darcy.

El asombro de Jane fue mitigado por el profundo amor fraternal; pronto le pareció muy natural que la admiraran, y la sorpresa dio paso a otros sentimientos. Lamentaba que Darcy hubiera expresado los suyos de modo tan inadecuado, pero todavía le apenaba más el pesar que debía de haberle causado el rechazo de su hermana.

—Fue un error creerse tan seguro del éxito —dijo—, y es evidente que no debía aparentarlo, pero ¡imagina cuál habrá sido su desengaño!

—Verdad —repuso Lizzy—, y lo lamento por él. Pero abriga otros sentimientos, que probablemente le harán olvidar su afecto hacia mí. Pero, dime, ¿me censuras por haberlo rechazado?

—¡Censurarte! ¡Oh!, no.

—¿Y me censuras por haber hablado de Wickham con tanta vehemencia?

—No, no creo que obraras mal al decir lo que dijiste.

—Pero lo creerás cuando sepas lo que ocurrió al día siguiente.

Entonces le habló de la carta, repitiéndole la totalidad de su contenido en cuanto se refería a George Wickham. ¡Qué golpe supuso para la pobre Jane, que jamás habría sospechado que tanta maldad pudiera darse en un solo ser humano! Ni aun la vindicación de Darcy, tan grata a sus sentimientos, bastaba para consolarla de semejante descubrimiento. Con gran tesón procuró defender la probabilidad de un error, tratando de justificar a uno sin comprometer al otro.

—No prosigas —dijo Lizzy—. Nunca conseguirás hacer bueno a ninguno de los dos. Elige lo que quieras, pero sólo uno podrá satisfacerte. Entre ambos no sumarían méritos suficientes para hacer un hombre bueno. Por mi parte, me inclino a creer que la razón corresponde a Mr. Darcy; tú puedes opinar lo que te parezca.

Pasó largo rato antes de que Jane pudiera esbozar una sonrisa.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—¡No sé qué me ha sorprendido más! —exclamó al cabo—. ¡Wickham tan rematadamente malo! Es casi increíble. ¡Y pobre Mr. Darcy! ¡Querida Lizzy, no pienso sino en lo que habrá sufrido! ¡Qué disgusto! ¡Y conocer, además, tu mala opinión acerca de él! ¡Y tener que contar tales cosas de su hermana! Es muy penoso, en verdad. Estoy segura de que lo creerás así.

—¡Oh, no! Mi contrariedad y mi compasión se han disipado al ver tu reacción. Sé que le harás justicia y que cada vez me sentiré más libre e indiferente. Tu generosidad al respecto me salva, y si sigues lamentándote de él, mi corazón quedará tan ligero como una pluma.

—¡Pobre Wickham! ¡Hay tal expresión de bondad en su rostro, tal franqueza en sus modales!

—Es evidente que hubo algún error en la educación de esos dos hombres. El uno acaparó toda la bondad y el otro toda su apariencia.

—Jamás tuve a Darcy por tan falto de buenas apariencias como tú lo suponías.

—Y con todo, me creía muy sagaz cuando, sin motivo, lo encontraba desagradable. Todos tenemos cierto prurito que nos hace presumir de ingenio al tener tales aversiones. Una puede injuriar continuamente sin decir nada que sea justo, pero no puede burlarse siempre de un hombre sin decir de vez en cuando una frase chistosa.

—Estoy segura, Lizzy, de que al leer la carta por primera vez no habrás considerado el asunto como ahora lo haces.

—Eso es muy cierto. Estaba bastante resentida y me sentía desgraciada. ¡Y no tener entonces a nadie a quien revelar mis sentimientos, a una Jane que me consolara y me dijera que no había sido tan débil, vana y absurda como yo creía! ¡Oh, cuánto te eché de menos!

—¡Qué lástima que usaras expresiones tan fuertes hablando de Wickham a Darcy, ya que ahora las juzgas inmerecidas!

—Es verdad; pero el expresarme con amargura fue desdichada consecuencia de los prejuicios que había ido alimentando. Hay un punto sobre el cual necesito tus consejos. Quiero que me digas si debo o no dar a conocer a nuestras amistades el verdadero carácter de Wickham.

Jane meditó por unos instantes y dijo después:

—A buen seguro que no hay razón de peso para que lo hagas. ¿Cuál es tu opinión?

—Que no debo hacerlo. Mr. Darcy no me ha autorizado a divulgar sus confidencias. Por el contrario, todos los pormenores relativos a su hermana parecían reservados a mí; y, por otra parte, si tratase de desengañar a la gente hablando mal de Wickham, ¿quién me creería? El prejuicio general contra Darcy es tal, que tratar de ponerlo en buen lugar supondría enfrentarse con la mitad de las buenas personas de Meryton. No sirvo para eso. Wickham se marchará pronto, y a nadie diré lo que es en realidad. Dentro de un tiempo todo se sabrá, y entonces podremos reírnos de quienes lo ignoraban. Por ahora no diré nada a nadie sobre este asunto.

—Tienes mucha razón. Dar a conocer sus errores podría arruinarlo para siempre. Acaso se arrepienta ahora de lo que hizo y ansíe reivindicar su buen nombre. No debemos hacer que se desespere.

La conversación con su hermana logró tranquilizar a Lizzy. Se había librado de uno de los dos secretos que habían pesado sobre ella durante quince días, y estaba segura de encontrar en Jane quien la escuchase cuando quisiese hablar acerca de ello. Pero aún ocultaba lo que la prudencia le impedía revelar. No osaba poner a su hermana en conocimiento de la otra mitad de la carta ni decirle con cuánta sinceridad había sido amada por su amigo. Era ése un secreto que con nadie podía compartir, y sabía que sólo un completo acuerdo entre las partes podría justificar que se librase de él. Y aun entonces, se decía, sólo podría contar lo que Bingley creyera conveniente. ¡La libertad de comunicar ese secreto no puedo obtenerla hasta que haya perdido todo su valor!

Como apenas salía de casa, Lizzy estaba en situación de observar el verdadero estado de ánimo de su hermana. Jane no era feliz; conservaba todavía muy tierno afecto hacia Bingley. Puesto que nunca antes se había considerado enamorada, su afecto poseía la fuerza del primer amor, y, por su edad y temperamento, más firmeza de la que los primeros amores suelen mostrar. Apreciaba tanto el recuerdo de Bingley, lo prefería tanto a cualquier otro hombre, que se requerían todo su buen sentido y toda su atención a los sentimientos de los suyos para combatir su pesadumbre, que podía resultar perjudicial para su salud y la tranquilidad de sus familiares.

—Bien, Lizzy —dijo un día Mrs. Bennet—, ¿cuál es ahora tu opinión sobre el triste asunto de Jane? Por mi parte, estoy resuelta a no volver a hablar del mismo a nadie. Así se lo dije el otro día a mi hermano Philips. Pero no puedo creer que Jane no lo viese en Londres. Sí, sí; es un muchacho bien indigno, y no me figuro que haya al presente la menor probabilidad de que logre pescarlo. No se habla de que regrese a Netherfield este verano, y eso que he preguntado a cuantos pueden estar enterados.

—Confío en que nunca más vuelva a Netherfield.



—Que haga lo que quiera. Nadie necesita que venga. Siempre diré que se ha comportado extremadamente mal con mi hija, y si yo fuese ella, no me conformaría tan fácilmente. Bien, lo único que me consuela es la seguridad de que Jane morirá de pena, y entonces él lamentará lo que ha hecho.

Pero como Lizzy no podía encontrar consuelo con esperanzas por el estilo, no contestó.

—Bien, querida —continuó su madre—, ahora dime, ¿los Collins viven muy confortables, no es así? Bien, bien; espero que su bienestar sea duradero. ¿Y comen bien? Tengo a Charlotte por excelente administradora. Si es la mitad de lista que su madre, ahorrarán bastante. Supongo que no hace ningún derroche.

—No, en absoluto.

—Gran parte de la buena administración depende de eso. Sí, sí; seguro que no gastarán más de lo que pueden. Nunca sufrirán estrecheces. Bien, espero que sean dichosos. Y supongo que hablarán a menudo de cuando posean Longbourn una vez haya muerto tu padre. Deben de considerar que esto ya les pertenece.

—Pues no hablaron de ello en mi presencia.

—Claro; habría sido raro que lo hicieran. Pero estoy segura de que hablarán a menudo entre ellos. Bien; si son capaces de vivir contentos con un patrimonio que legalmente no es suyo, mejor. Yo estaría avergonzada de poseer una hacienda conseguida de semejante manera.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 41

La semana que siguió al regreso de las muchachas pasó deprisa. Comenzó la segunda. Era la última de la permanencia en Meryton del regimiento y todas las jóvenes de la vecindad languidecían. La tristeza era casi general. Sólo las mayores de las Bennet eran capaces de comer, beber y dormir, de seguir al acostumbrado curso de la vida. A menudo eran tachadas de insensibles por Kitty y Lydia, cuya tristeza era tan extremada que no podían comprender que existieran personas en su familia con el corazón tan duro.

—¡Dios mío! ¿Qué será de nosotras? ¿Qué vamos a hacer ahora? — exclamaban a menudo, en medio de su dolor—. ¿Cómo puedes sonreír, Lizzy?

Su cariñosa madre participaba de su pesar; recordaba que también había sufrido por idéntica razón, veinticinco años atrás.

—Recuerdo —decía— que lloré dos días seguidos cuando se marchó el regimiento del coronel Miller. Pensé que el corazón se me partía.

—Estoy segura de que eso es lo que le ocurrirá al mío —dijo Lydia.

—¡Si una pudiera ir a Brighton! —exclamó Mrs. Bennet.

—¡Oh, sí! ¡Si pudiera ir una a Brighton! ¡Pero papá es tan poco condescendiente!

—Unos baños de mar me restablecerían definitivamente.

—Y Mrs. Philips está segura de que a mí me sentarían muy bien — añadió Kitty.

Tal era la clase de lamentaciones que resonaban de continuo en la casa de Longbourn. Lizzy trataba de apartarse de todos, pero cuando lo hacía se sentía avergonzada. De nuevo se daba cuenta de la justicia de las objeciones de Darcy, y nunca como en ese momento había estado dispuesta a perdonar sus intromisiones en los proyectos de su amigo.

Pero la tristeza de Lydia pronto se disipó, porque recibió una invitación de Mrs. Forster, la esposa del coronel del regimiento, para acompañarla a Brighton. Esa inapreciable amiga de Lydia era muy joven y estaba casada desde hacía poco. La semejanza de carácter y la jovialidad de ambas habían hecho que simpatizaran pronto, y tras tres meses de relación se habían convertido en amigas íntimas.

El entusiasmo de Lydia en esta ocasión, la adoración que mostró por Mrs. Forster, así como la satisfacción de Mrs. Bennet y lo mortificada que se sintió Kitty, son cosas que apenas pueden describirse. Desatenta por completo a los sentimientos de su hermana, Lydia, que no cabía en sí de alegría, pidió a todos que la felicitaran, riendo y hablando en voz más alta que de ordinario, mientras la infortunada Kitty, enfadada, continuaba en el salón, lamentándose de su mala suerte.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—No sé por qué Mrs. Forster no me ha invitado también —decía—, aun cuando yo no sea tan amiga suya como Lydia. Tengo el mismo derecho que ella a ser invitada, y tal vez más porque soy dos años mayor que ella.

En vano procuró Lizzy que entrase en razón, y en vano también Jane pretendió que se resignase. A Lizzy, la mencionada invitación estuvo lejos de inspirarle idénticos sentimientos que a su madre y a Lydia. Comprendió que tampoco en esta ocasión podía esperarse que su hermana mostrase el mínimo sentido común, y no pudo por menos que pedir a su padre que no la dejase ir. Le expuso algunos reparos respecto de la conducta de Lydia, las escasas ventajas que podía obtener con la amistad de una mujer como Mrs. Forster, y la posibilidad de que con semejante compañía fuese todavía más imprudente en Brighton, donde las tentaciones habían de ser mayores que en casa. Él la escuchó con atención y dijo:

—Lydia no estará tranquila hasta que se exhiba en un sitio u otro, y nunca podremos esperar que lo haga con tan poco gasto o sacrificio para su familia como en las presentes circunstancias.

—Si conocieras —repuso Lizzy— los grandes daños que a todos puede acarrear lo que la gente diga del comportamiento imprudente de Lydia, por no hablar del que ya nos ha ocasionado, segura estoy de que juzgarías la cuestión de modo muy diferente.

—¡Que ya nos lo ha ocasionado! —repitió Mr. Bennet—. ¿Qué, ha ahuyentado a alguno de tus pretendientes? ¡Pobre Lizzy! Pero no te desanimes. Esos jóvenes tan inescrupulosos que renuncian a ti por una nimiedad semejante, no valen la pena. Ven, hazme conocer la lista de esos despreciables que te han abandonado por culpa de las locuras de Lydia.

—Estás muy equivocado. No me quejo de los daños particulares sino de los generales. Nuestro prestigio, nuestra respetabilidad, habrán de resentirse por la volubilidad extremada, el descaro y la falta de juicio propios de Lydia. Perdona, pero te hablaré con franqueza. Si tú, querido padre, no quieres tomarte el cuidado de reprimir su carácter y enseñarle que sus actuales anhelos no han de ser la ocupación de su vida, pronto estará lejos de poder enmendarse. Su carácter se afirmará, y a los dieciséis años será la más redomada coqueta y se pondrá en ridículo, haciendo de su familia el hazmerreír de todos. Su único atractivo residirá en su juventud y en su presencia bastante agraciada. Pero jamás será capaz, por su ignorancia y su carencia de sentido común, de librarse del desprecio general que suscitará su ansia de ser admirada. El mismo peligro corre Kitty, quien al parecer sigue los pasos de Lydia. Es vanidosa, ignorante, perezosa e incapaz de aceptar un consejo. ¡Oh querido, padre!, ¿puedes suponer que no serán las dos censuradas y menospreciadas donde sean conocidas, y que no arrastrarán en su desgracia a sus demás hermanas?

Mr. Bennet se percató de que Lizzy hablaba con total sinceridad, y tomándole afectuosamente la mano, contestó:

—No te preocupes, querida. Dondequiera que estéis, Jane y tú seréis respetadas y queridas, y no supondrá perjuicio alguno para vosotras el que tengáis dos, puede incluso que tres,

hermanas muy necias. No tendremos paz en Longbourn si Lydia no va a Brighton. Déjala, pues, que vaya. El coronel Forster es un hombre sensato y cuidará de ella, y tu hermana no tiene fortuna suficiente para ser objeto de la codicia de nadie. En Brighton, el que actúe como una coqueta tendrá menos importancia que aquí. Los oficiales se fijarán en otras mujeres más interesantes. Esperemos que su estancia allí le haga conocer su propia insignificancia. De todas formas, no puede empeorar mucho, y esto no nos autoriza a encerrarla bajo llave por el resto de su vida.

Con esta respuesta se vio obligada Lizzy a contentarse; pero su opinión personal continuó siendo la misma, y se separó de su padre disgustada y triste. No era, con todo, su intención acrecentar sus disgustos insistiendo en ellos. Confiaba en haber representado su papel, y no estaba en su ánimo destruir males inevitables o aumentarlos con su ansiedad.

Si Lydia o su madre hubieran conocido la sustancia de la confidencia con su padre, la indignación de ambas no habría encontrado adecuada expresión, dada su común volubilidad. En la imaginación de Lydia, una visita a Brighton reunía cuanto puede constituir la felicidad terrena. Imaginaba las calles de aquella alegre playa llenas de oficiales, y a sí misma como objeto de la atención de docenas de ellos, por el momento desconocidos. Se imaginaba en un campamento bellamente dispuesto, rodeada de jóvenes alegres, deslumbrantes en sus chaquetas rojas; y para completar el cuadro, casi pudo verse sentada al lado de una tienda de campaña, coqueteando tiernamente con no menos de seis oficiales a la vez.

Si hubiese sabido que su hermana intrigaba para arrebatarse tales perspectivas, tales realidades, ¿cuáles habrían sido sus sentimientos? Sólo Mrs. Bennet podría entenderlos, pues prácticamente experimentaba lo mismo que su hija. La ida de Lydia a Brighton era cuanto la consolaba de la melancólica convicción de que su marido jamás iría allí.

Pero ambas ignoraban lo que había pasado; y así, su entusiasmo y exaltación continuaron hasta el día mismo en que Lydia abandonó la casa.

Lizzy iba a ver ahora a Wickham por última vez. Como había estado con frecuencia en su compañía desde que regresara, su turbación casi había desaparecido, y en cuanto a su interés por él, ya no existía. Había aprendido a descubrir en aquella misma amabilidad que al principio le atraía, cierta afectación, y hasta le disgustaba y cansaba. Por otra parte, a Lizzy le desagradaba el modo en que ahora se comportaba con ella, porque los deseos, que pronto manifestó, de renovar las atenciones características de su primera época de relación, sólo podían servirle, después de todo lo ocurrido, para exacerbarla aún más. Perdió todo interés por él al verse objeto de tan vana y frívola galantería; y al contenerla con finura, no podía por menos que sentir la ofensa que entrañaba la creencia de que por más tiempo que hubiera pasado sin prodigarle sus atenciones, y cualquiera que hubiera sido la causa de interrumpirlas, satisfacería la vanidad de ella y tendría asegurada su preferencia con sólo renovarlas.

El último día de la permanencia del regimiento en Meryton, Wickham comió en Longbourn con otros oficiales. Lizzy se encontraba tan poco dispuesta a hablar con él amigablemente, que al

preguntarle Wickham cómo había pasado el tiempo en Hunsford, respondió que el coronel Fitzwilliam y Darcy habían permanecido tres semanas en Rosings, y le preguntó a su vez si conocía al primero.

Wickham pareció sorprendido, molesto, alarmado; pero repuesto al instante, y esbozando una sonrisa, contestó que en una época había frecuentado su amistad. Después de afirmar que era hombre muy caballeroso, le preguntó qué opinión le merecía. La contestación de Lizzy fue entusiasta y favorable, y, con aire de indiferencia, añadió él poco después:

—¿Cuánto tiempo ha dicho usted que estuvo en Rosings?

—Cerca de tres semanas.

—¿Y lo veía con frecuencia?

—Sí, casi todos los días.

—Sus modales son bien diferentes de los de su primo.

—Sí, muy diferentes. Pero creo que Mr. Darcy impresiona más favorablemente a medida que se lo conoce mejor.

—¿De veras? —exclamó Wickham con un gesto involuntario que no pasó inadvertido a Lizzy. Pero, reprimiéndose, agregó con tono más jovial —: Esa mejora, ¿se refiere acaso a su trato? ¿Se ha dignado añadir algo de cortesía a sus modales ordinarios? Porque no me puedo creer — continuó con tono más serio— que haya mejorado en lo esencial.

—¡Oh, no! —repuso Lizzy—. En lo esencial pienso que aún es más de lo que siempre fue.

Mientras ella hablaba, Wickham parecía no saber si regocijarse con sus palabras o desconfiar del significado de las mismas. En la actitud de Lizzy había algo que le hizo escuchar con atención y con recelo, cuando añadió:

—Al decir que gana con el trato no quiero dar a entender que sus modales se vayan perfeccionando, sino que cuando se lo conoce mejor, también se comprende mejor su modo de ser.

Wickham no pudo ocultar ahora su inquietud, pues se ruborizó y pareció agitado. Guardó silencio por un instante, hasta que, repuesto, dijo con tono más amable:

—Usted que conoce muy bien mis sentimientos hacia Mr. Darcy, comprenderá cuán sinceramente me alegra el que sea al menos capaz de fingir una actitud correcta. En este sentido, su orgullo puede ser útil, si no para él mismo, para otros muchos, porque lo apartará de proceder descabellados, cuyas consecuencias he sufrido. Pero temo que esa especie de cautela a que parece aludir usted la emplee sólo cuando visita a su tía, a quien interesa siempre causar una buena impresión. Miedo a ella lo ha tenido siempre que estaban juntos, lo sé bien, y

en buena parte puede imputarse al deseo de acelerar su casamiento con Miss de Bourgh, por la que sé que está muy interesado.

Lizzy no pudo reprimir una sonrisa al oír esto, pero sólo contestó con una leve inclinación de la cabeza. Advertía que él pretendía desviar la conversación hacia el viejo tema de los agravios, y no estaba de humor para permitirselo. El resto de la velada trató él de aparentar jovialidad, pero sin tratar de halagar de nuevo a Lizzy. Al fin se separaron ambos con mutuas muestras de cortesía y, probablemente, deseando ambos no volver a verse.

Al terminar la reunión, Lydia se fue con Mrs. Forster a Meryton, de donde partirían a la mañana siguiente, muy temprano. La despedida fue más ruidosa que patética. Kitty fue la única que derramó lágrimas, pero lo hizo más de envidia que de tristeza. Mrs. Bennet expresó una y otra vez sus deseos de dicha para su hija y añadió que no perdiese la oportunidad de divertirse todo lo posible, advertencia que seguramente sería atendida. Y con las expresiones de alegría de la propia Lydia al decir adiós, los menos efusivos saludos de sus hermanas apenas si se oyeron.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?

Fuente:

Austen, Jane. (1813). *Orgullo y prejuicio*. [Pride and Prejudice]. (A.M. Rodríguez, Trans.). Penguin. ePub r.1.1.
<https://alicialectura.com/wp-content/uploads/2024/10/Orgullo-y-prejuicio- trad.-Ana-Maria-Rodri-Jane-Austen.pdf>

